



Un Vacío Que Adivina

"Hacedor del misterio", por Marynés Casal Muñoz. Biblioteca Alfar. Montevideo, 1984. 80 páginas.

Unas palabras iniciales de Gastón Figueira proporcionan la revisión de cuáles han sido los libros anteriores de Marynés Casal Muñoz, hija del poeta Julio C. Casal. Se trata de seis títulos: no muchos en unos cuantos años, como los que separan a "Cuna de Río" y "Es el aire".

El primero, de 1939, mereció el Premio del Ministerio de Instrucción Pública. El segundo, de 1978, cerraba hasta ahora la obra de esta poetisa que no muestra prisa alguna, pero tampoco se ha prohibido por demasiado tiempo esa confrontación inevitable a que conlleva publicar. "Bosque pequeño" (1951), "Rosa ceñida" (1961), y "Crisol" (1965), precedieron a un nuevo triunfo: el obtenido en 1968 con "Pájaros de lluvia", Premio del Municipio de Montevideo.

ESPERA Y REVELACION

A propósito de "Hacedor del misterio", casi podría decirse que todos los poemas conforman uno solo: y esto pese a algunas composiciones finales que se alejan un poco de la forma prieta y sobria y se inclinan a una modalidad más discursiva, y en algún caso —como ocurre en el poema "En el aire tibio me presiento ya"— a ritmos peligrosamente sostenidos y firmes.

Las excepciones, como alguna evocación de la infancia y la figura materna, no disimulan la unidad esencial de esta poesía que canta a la espera y, de alguna manera, también a la revelación. En imagen relativamente recurrente, el alma aparece aquí como una copa alzada y anhelante: un vacío que adivina y entrevé de pronto el júbilo de la plenitud. Pero la saciedad es, naturalmente, evidencia tan sólo momentánea. El hacedor se ofrece, sin embargo, en el poema "En azules y blancas", "ya sin hora ni tiempo". Y, como confirmando esa alianza indivisa de espera y revelación que asoma en cada uno de los poemas, la composición siguiente comienza: "Ya sin hora ni espacio..."

Es en estos instantes, desprendidos de la duración, cuando Marynés Casal Muñoz descubre la final hermandad de éste y otro mundo. Porque, aunque en esta poesía de aliento místico no hay milagro alguno, se instala sí la asombrosa naturalidad de un Dios que está siempre cercano, y parece de continuo accesible. El mundo todo, un cielo de nubes, la mañana y la flor, hablan de la presencia escondida y semi revelada, de modo que la naturaleza es viva y expresiva de un misterioso mensaje, insinuado apenas en ademán. La poetisa oye bien las comunicaciones, sin embargo, y confiesa, porque sus versos a menudo equivalen a un credo: "La tierra da sus frutos/ en el manzano/ y pienso que me mira,/ cargando/ de rosadas vestiduras/ esta presencia mía".

NO SIEMPRE EN LA BRISA

Las cosas, así, dejan de ser las cosas. "Estoy/en medio de las cosas/ y extrañas yo las siento", dice Marynés Casal sorprendiendo la trascendencia. Pero, más íntima y humilde, plantea una y otra vez que el hacedor se oye más bien en el silencio, de manera que es sólo presencia informada y evidencia interior. Por esta vía, la lírica de Casal Muñoz va a unirse con la tradición del afán místico occidental, en el cual Dios es sobre todo revelación negativa y rara ausencia en el mundo sensible.

Casi podría decirse que, en un sentido profundo, la poesía de Marynés Casal Muñoz canta una experiencia de angustias resueltas y —por elevarse a las seguridades del espíritu religioso— recoge el único sentido afirmativo y optimista que, según Zum Felde, puede el arte permitirse. Pero sería imperdonable dejar de ver que, en este poemario, las tensiones recorren los versos de un extremo al otro: casi es un diálogo, y en ese insistente llamado a un tú se reconoce toda la diferencia entre la mera introspección y el acto de rezar. Una sola oración, a veces de gracias por la señal recibida: esto es el libro de Casal Muñoz, y por lo mismo no puede ser la suya una poesía totalmente apacible. El hacedor no siempre está en la brisa y una posibilidad de tormentas es el fondo —lleno de desamparo al fin— de este volumen intenso y maduro.

Marynés Casal Muñoz es dueña, además, de sus medios expresivos. El arranque de la composición —"A Teresa de Ávila" es casi un romance culto y viejo, con su asunción de forma y lenguaje españoles. En las referencias a la naturaleza, la poetisa alcanza, además, la sencillez casi rústica necesaria para conjurar cualquier artificio idílico. "Era tan claro el arroyo/ que todo se reflejaba". Y, con la misma voluntad de desnudamiento, encierra a todo un poema en solo un verso: "¡Qué verde que tengo el alma!", dice en "La campiña".

J.A.

Abundancia y Calidades

UN VIEJO BUICK, por Juan Carlos Plá. Siglo Veintiuno Editores. México. 1983. 212 págs.

La poesía de Juan Carlos Plá es posible que sea admirada por muy pocos lectores y examinada rigurosamente por muchos en una primera impresión. Quien esto escribe se encuentra entre los que experimentaron esa doble sensación al leerla, allí donde los polos se juntan: la seducción y la extrañeza por el poema leído.

Evidentemente hay en este libro abundancia de formas y experimentaciones de relativa efectividad, pero dentro de esa abundancia que el poemario de Juan Carlos Plá nos muestra, coexisten poemas de calidad indudable con otros de dudosa autenticidad. El poeta elabora sus textos dentro de estilos y formas muy distintas y es ahí donde el lector se afana por encontrar su verdadera voz. A menudo, indudablemente, la encuentra, pero también es frecuente que en la disparidad de textos, esa voz parece confundirse con otras voces por la multiplicación incesante de formas.

En un reciente número del semanario **Jaque** en la página de creación de ese semanario, apareció una selección de poemas del libro que comentamos, verdaderamente compacta. Esa selección es la que indica, a las claras, que con un criterio más sintético, con una autocrítica más profunda, este libro pudo ser más breve y, de ese modo, haber ganado en calidad. Porque algunos de los poemas que aparecen en *Un viejo Buick* —además de las excelentes ilustraciones de Anhele Hernández— están escritos con genuina sensibilidad poética.

E.E.